

no ha circulado libremente en Cuba. En 1991, después de veintiséis años y con bombo y platillos de la prensa extranjera, se reeditó *Paradiso*: es inútil buscarlo en las librerías de La Habana y, aunque se suponga que esté agotado, no aparece en la lista de libros más vendidos en Cuba que publica *Granma* (19-12-91).

El Comité Editorial de Letras Cubanas afirma en el prólogo a *Dice la palma* (1980, antología literaria de testimonios sobre la guerra revolucionaria) que *La historia me absolverá* es «no sólo el programa de la revolución iniciada en 1953, sino también el texto fundador de nuestra más reciente expresión». La frase no es, en esencia, falsa y no es extraño que la mejor literatura escrita hoy en Cuba siga siendo la de los sobrevivientes de la generación de *Orígenes*, como Fina García Marruz, Eliseo Diego y Cintio Vitier: una literatura intimista y melancólica, tejida de nostalgia y surgida casi siempre de la evocación de un mundo a resguardo de la historia. Son poetas que se formaron antes de la revolución y la frase «nuestra más reciente expresión» no se refiere a ellos. Tampoco puede referirse cabalmente a la generación de los años cincuenta a la que pertenece Roberto Fernández Retamar, cuya obra —que no carece por cierto de dignidad retórica— se inicia antes de los años cincuenta. Pero es esa generación la que ha definido el tono y las maneras de la literatura edificante con que el régimen ha querido guiar, desde el faro de la Casa de las Américas, la construcción espiritual del socialismo en Cuba y en América Latina. A sus poetas, a narradores más jóvenes (algunos tan poco desdeñables como Jesús Díaz) y a sus compañeros de viaje latinoamericanos debemos en parte la difusión internacional de una épica edulcorada de la revolución cubana que ha seducido a muchas buenas conciencias.

La «más reciente expresión» a que se refiere el Comité es, en rigor, la de quienes comenzaron a leer y escribir después del triunfo de la Revolución. Es una literatura que hoy sobrevive en medio de condiciones adversas y de la que poco puede saberse. Pero ni la censura ni la escasez de papel impiden que, con los medios más precarios, algunos escritores jóvenes publiquen sus poemas y sus narraciones. Muchos de ellos crecieron venerando el mito de Lezama Lima, han podido burlar a veces la censura para leer a Borges, a Vargas Llosa y a Paz, y siguen escribiendo a la sombra de Neruda y fieles

a una retórica heredera del surrealismo. Sus tentativas son a veces admirables pero, con unas pocas excepciones, tarde o temprano terminan sofocadas bajo el manto de la épica revolucionaria o ahogados por una visión provinciana de la literatura. La antología *Un grupo avanza silencioso* (poetas nacidos entre 1958 y 1972, selección de Gaspar Aguilera Díaz, UNAM, 1990) es reveladora: el Hombre Nuevo suele escribir la misma poesía ignorante de sus medios, candorosa y autocomplaciente que en México auspician los talleres y premian las instituciones, y remeda con insistencia los procedimientos formales de mucha poesía latinoamericana de nuestros días, vasta progenie de Whitman y de Pound. Sus fuentes de inspiración no son menos familiares: uno sueña con Michel Platini, otro con Olivia Newton, un tercero con Humprey Bogart. Es, con frecuencia, una poesía que se parece en exceso a la de los *souvenirs* hechos a mano que se venden por cinco dólares, quizá como manifestaciones del arte popular, en el descarado edificio de la Casa de las Américas.

Sería ingenuo no advertir que las palabras «nuestra más reciente expresión» aluden a la cultura toda del Hombre Nuevo y no meramente a su literatura. Pero el caso es apenas distinto en otros terrenos: la pintura y el ballet, por ejemplo, eran notables antes de la llegada de Castro y los «grandes logros» de la cultura revolucionaria cubana se han dado sobre todo, como ocurrió en la Unión Soviética, en el desarrollo de los medios de propaganda. El cine, el diseño gráfico y la canción de protesta son los ejemplos más conspicuos y los más socorridos entre los partidarios extranjeros del régimen. Lo cual no impide que, de todos modos, los cubanos prefieran las películas norteamericanas, las telenovelas mexicanas, el rock en inglés y las canciones de Celia Cruz, prohibidas por el régimen.

La diferencia entre la verdadera cultura cubana y su versión oficial no se percibe con menos claridad en el campo de las creencias y las costumbres. Como en todo el Caribe, en Cuba las raíces de la cultura popular son menos indígenas que negras y la revolución, que lo mismo que todas las revoluciones se presenta como una vuelta a los orígenes, ha reivindicado esas raíces, según celebró Nicolás Guillén en el poema «Tango». Sin embargo, es fácil advertir que las expresiones de la cultura afrocubana sólo tienen existencia, oficialmente, como folclor para turistas y materia de estudios etnográficos. Al

mismo tiempo, en las calles de La Habana no es difícil escuchar la lengua yoruba o toparse con el cadáver de un animal sacrificado en los ritos de la santería. No sería extraño que al día siguiente de la caída del régimen de Castro, hoy dios de los santeros, esos cultos religiosos resurgieran aun con más fuerza.

El resurgimiento de las religiones negras podría quizá resucitar el racismo. Formalmente, ha sido eliminado (aunque ser llamado negro puede sentirse como un insulto y desatar los golpes) y negros y blancos gozan de las mismas oportunidades. Pero los cargos de responsabilidad más altos siguen siendo sobre todo para los blancos, mientras los centros de diversión populares de La Habana son para los negros. Un taxista se mostró extrañado cuando le pedimos que nos llevara al Salón Rosado y quiso prevenirnos. Ya una amiga cubana que conoce el lenguaje mexicano nos había dicho que era un lugar para nacos. Cierto: parecíamos los únicos turistas entre tantos negros —el término es menos una designación racial que una clasificación social— en esa especie de gran patio de cemento, con el piso regado de cerveza, en el que se oye música, se baila y se encuentra fácilmente pareja. Apenas es necesario hablar: basta casi con sacar la lengua. El baile, en el que la mujer apoya las manos en el piso, levanta las nalgas y las frota contra el pubis del hombre, merece sin duda la reprobación de más de un comisario del Partido. Dos días antes, un amigo mío vio cómo la policía arremetía a macanazos contra la clientela.

El turista, en cambio, está por encima de blancos y negros y no recibe macanazos. Tampoco tiene que hacer colas, salvo que sea detrás de otros turistas, pero debe soportar otras cosas. Cuba atrae hoy, en busca de divisas, una cantidad de visitantes que no está preparada para recibir: los aviones y los autobuses salen con horas de retraso, los hoteles se llenan inesperadamente, los cuartos se inundan, se les caen piezas a los baños, los servicios turísticos son un caos lentísimo y los programas de viaje contratados por las agencias no se cumplen. Esto último, con todo, puede ser una bendición si el turista decide prescindir de las agencias y andar por su cuenta. Debe cuidarse de que le pillen el bolso —como advierten los guías de turistas, que nunca usan la palabra robo— y prepararse para escuchar a cada paso en el malecón, en cada cuadra de La Habana Vieja, de boda de los meseros y de los camareros la pregunta: «¿Quieres cam-

biar? ¿Quieres cambiar?» Si, como a uno de nosotros, fastidiado y por fastidiar, se le ocurre responder: «¿Qué, no estás con la Revolución?», es probable que reciba una sarta de improperios. Con el peso cubano no se puede adquirir más que libros, y en el mercado negro un peso cubano vale entre tres y diez centavos. Pero la corrupción del Hombre Nuevo tiene también sus ventajas, desde luego. Hoy que los turistas no son todos simpatizantes —hay algunos curiosos y muchos en busca del sol, las playas, una aventura erótica y los precios bajísimos— el régimen tiene para ellos hoteles nuevos, tiendas, restaurantes, bares, discotecas, cabarets, taxis, prostitutas y cigarrillos, todo lo cual está vedado a los cubanos y hay que pagarlo en dólares o con una moneda especial para turistas —o con cualquier cosa, menos con pesos cubanos—.

No todos, es cierto, buscan dólares. En el malecón, hicimos migas con unos adolescentes y compartieron sus pizzas con nosotros. El es estudiante de música y ellas dos de biología, y hablaban bien del régimen: el padre de Iván, por ejemplo, era albañil y gracias a la revolución tiene un departamento en el centro de La Habana y él puede ir a la Universidad. Nos advirtió una y otra vez, mientras caminábamos hacia el Museo de la Revolución, que no era «uno de esos que se hacen tus amigos para pedirte cosas». No habíamos andado mucho cuando un policía lo llamó con una seña: quería ver su carné de guía de turistas. «No es nuestro guía: es un amigo». Pero no hubo manera: éramos extranjeros, Iván hablaba con nosotros y, para colmo, había dejado el carné de identidad en casa. Como la discusión se alargaba, me aparté para cambiar impresiones con un amigo que miraba la escena desde lejos. Estaba con él otro joven cubano. Una vez que nos dimos la mano, dijo que me había confundido con un matavacas. Así llaman a los policías que, vestidos de civil, se mezclan entre los jóvenes.

Se dice que, en época de Batista, Cuba era el burdel de los Estados Unidos. Hoy no se ve a la gente besarse en la calle, es más diverso el turismo y los lugares de placer son controlados por el Estado, pero la prostitución está al alcance de los turistas y un número reducido de cubanos. Sus monedas son quizá menos los dólares que los productos de Occidente, los privilegios del turista y la atracción por lo prohibido. En las discotecas de la Bahía Hemingway casi todos los hombres, jó-

venes extranjeros de *jeans* y playera, van acompañados por jóvenes cubanas, vestidas y arregladas según el modo aprendido en las películas y las series de televisión extranjeras. La ropa las distingue en el malecón, en los bares, en las calles de La Habana vieja. Es una prostitución tolerada por el régimen y alentada por el turismo, una de las fuentes principales de divisas del gobierno cubano.

Hacer la relación de los malhumores del turista y lamentar las incomodidades, los incumplimientos, la corrupción, el robo callejero, la miseria, la desigualdad social, el régimen policiaco, la falta de libertad, el control de la información, la negación de la cultura y el sometimiento de las conciencias es, sin duda, insuficiente. A quienes creen que Cuba debe modernizarse y tener un régimen democrático suele pedírseles, en efecto, que reconozcan los logros inmensos de la Revolución en el terreno de la seguridad social, la educación y la medicina. Esa respuesta olvida o quiere olvidar que el motivo de la discusión no es el precio de tales logros sino su costo.

En Cuba, es cierto, se han eliminado las desigualdades en mayor medida que en el resto de América Latina. El número de los privilegiados (que pueden viajar, cambiar de guardarropa, comprar artículos importados, comer y beber bien) es muy reducido y el de los pobres inmenso. No se trata de los marginados que hay en nuestros países: en Cuba los pobres son todos los ciudadanos, sujetos al racionamiento. La inmensa mayoría come todos los días su ración, más o menos la misma siempre. Castro anunció un día: «Y si no tenemos qué comer ¡comeremos malanga!» Hoy se come mucha malanga, y muy pocas verduras —las tierras cultivables siguen dedicadas casi por entero a la caña de azúcar—, y aun los privilegiados padecen la escasez. Las tiendas especiales venden sobre todo artículos suntuarios y en los restaurantes sólo se encuentra la décima parte de lo que ofrece la carta.

También es cierto que las campañas de alfabetización fueron un éxito y que el nivel escolar del promedio es en Cuba más alto que en el resto de los países de América Latina. Más del noventa por ciento de los cubanos pueden leer lo que se les permite, estudiar la carrera a que se les destina y a veces la que deciden, adiestrarse en el manejo de una tecnología obsoleta y descifrar la sociedad según teorías igualmente obsoletas. Una vez que se reciban, tendrán el empleo asegurado, aunque no siempre el que correspondería a sus estudios; un lingüista beca-

do en la Unión Soviética puede ser destinado, en nombre de la planificación, a un puesto de lanchero. Todos, además, deben ser agricultores o cortadores de caña. Hoy que la energía no alcanza para que funcione la planta productiva, quizá tenga que trabajar un par de horas al día, pero si es un científico calificado puede ofrecerse a realizar jornadas de quince horas. Todos, de cualquier modo, pueden trabajar como voluntarios en la industria de la construcción, que carece de personal.

Pese a eso, la mayor parte no tiene todavía uno de los departamentos construidos por la revolución, aunque todos tienen un techo. En casi cualquier calle del centro de La Habana y de la Habana Vieja, por las ventanas de las casas ennegrecidas que hace años no reciben una mano de pintura, pueden verse los cuartos minúsculos en que viven familias enteras, como en las más estrechas vecindades mexicanas. Un día, se supone, todos tendrán otra casa. Mientras tanto, las plantas crecen en los muros de la catedral, una reliquia del siglo XVI comida por el salitre.

El empleo, curiosamente, como la educación, la vivienda y la medicina, le cuestan al Estado cubano (y al país) mucho más de lo que producen. Los ha pagado, como muchos de nuestros gobiernos, con dinero que no tenía: contrayendo una deuda per cápita altísima, que sería varias veces más alta si las mercancías por las que la contrajo las hubiera vendido y comprado a precios reales, sin el subsidio soviético. Pero esa deuda, que Castro nunca ha tratado como les aconsejó a los latinoamericanos que trataran la suya, tiende a menospreciarse con el argumento del bloqueo.

Hoy que no tiene capital para exportar la Revolución y no proclama su fe internacionalista, Castro sigue teniendo en sus vecinos a sus enemigos naturales, el capitalismo y la democracia burguesa: nunca lo ha negado explícitamente. Los países en los que trató de propiciar «dos, tres, muchos Vietnams» deberían pedirle que lo hiciera, como le piden a los Estados Unidos que levante el bloqueo. Mientras tanto, no puede entenderse sino como una muestra de la inmoralidad del mercantilismo el empeño de los empresarios particulares de nuestros países en comerciar con un régimen en el que el comercio y la empresa están vedados a los particulares. Lo mismo izquierdas que derechas suelen conceder a ese afán comercial el piadoso nombre de humanitarismo. Olvidan